

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Tomar, Francisca: PERSONA Y AMOR (*)

El 20 de octubre de 1965, a los cincuenta y cuatro años de edad, murió en Barcelona, Jaime Bofill, catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona, desde 1950, fundador de las revistas *Convivium* y *Cristiandad*, y destacado y activo miembro de «Schola Cordis Iesu», Sección del Apostolado de la Oración. Poco después, en el libro póstumo *Obra filosófica* (1967), se publicaron varios trabajos suyos, y ambas revistas le dedicaron un número extraordinario de homenaje (núm. 416 de *Cristiandad* y núm. 21 de *Convivium*).

Desde entonces han sido muy frecuentes las referencias y los estudios sobre este filósofo tomista, iniciador de la denominada «Escuela Tomista de Barcelona». Entre ellos, pueden citarse los de Alain Guy, Alfonso López Quintás, Guillermo Fraile, Gonzalo Díaz y Norberto Bilbeny. Sin embargo, no se había presentado íntegramente y de modo ordenado y sistemático el rico pensamiento del filósofo barcelonés. *Persona y Amor*, que lleva por subtítulo *El personalismo de Jaime Bofill*, ofrece toda la doctrina filosófica bofilliana, mostrando que sus concepciones del ser personal y del amor de amistad son como las dos coordenadas que permiten su perfecta comprensión y valoración.

Su joven autora, la profesora Francisca Tomar de la Universidad de Barcelona, ha tenido el acierto de tener siempre presente la observación, que se encuentra en la «editorial» del número que le dedicó *Cristiandad* con motivo de su fallecimiento, de que: «sería mutilar la personalidad de Bofill, si sólo viésemos en él a un intelectual. Bofill predicó con su palabra y con su vida: fue un completo ejemplar de varón cristiano». No ha olvidado tampoco, en ningún momento de su minuciosa investigación, que, como también se indica, en este mismo lugar: «Bofill, discípulo predilecto del P. Orlandis pasaba largas horas con él, en pláticas interminables en torno a la filosofía de Santo Tomás, la Teología de la Historia y tantos otros temas que han constituido el objeto nu-

(*) PPU, Barcelona, 1993, 364 págs.

clear de *Cristiandad*». De ahí que del centenar de sus trabajos publicados, examinados y analizados detenidamente por la autora de esta obra, cerca de ochenta aparecieran en la revista *Cristiandad*.

La influencia de Ramón Orlandis Despuig, S. I. (1873-1958), fundador de «Schola Cordis Iesu» y continuador del sistema del jesuita francés Enrique Ramière (1821-1884), segundo fundador y organizador del Apostolado de la Oración, fue decisiva en la vida y en toda la obra de Jaime Bofill. Desde que conoció a este gran teólogo, filósofo e historiador —uno de cuyos frutos culturales y universitarios fue la «Escuela Tomista de Barcelona»—, pudo orientar su vocación apostólica y profesional. Sus estudios filosóficos los emprendió bajo la dirección del P. Orlandis y en su obra más importante, *La escala de los seres* (1950), así como en todos sus demás escritos, se advierte la influencia directa de su maestro.

Uno de los puntos característicos de la visión del mundo que ofrecía el magisterio del P. Orlandis —en la que de un modo unitario se reunía el pensamiento de Santo Tomás, de San Ignacio de Loyola, Santa Margarita Matía de Alacoque, el P. Ramière y Santa Teresita del Niño Jesús, en una colosal síntesis—, era la comprensión del tomismo como *sapientia cordis*; y fue plenamente asumida por Bofill, como ha tenido muy en cuenta también, en su exposición, la profesora Tomar. El mismo declaraba que con la expresión *sapientia cordis* se significaría que, en el tomismo: «la verdad es dada al hombre, no sólo como visión, sino también como confianza; no sólo como certidumbre, sino también como dulzura; no sólo como representación objetiva, sino como *spirans amore*».

Esta fórmula, añadía Bofill, significaría que el tomismo: «no puede desvincularse de la vida interior de la que brota y a cuya nutrición y robustecimiento está ordenado, después de haber conquistado para ella un horizonte de necesidad y de universalidad». Concluía, por ello, que: «el tomismo no puede ser una mera filosofía ni tan siquiera mera teología, debe vincular el proceso ontológico y teológico que conduce al hombre a su santidad y a su bienaventuranza» (*Cristiandad*, 416, 1965, pág. 204).

Desde esta honda comprensión del tomismo, el P. Orlandis —como ha señalado otro de sus grandes discípulos, Francisco Canals, con quien se ha consolidado definitivamente la «Escuela Tomista de Barcelona»—: «Sostenía que toda la sistemática de las estructuras acto-potenciales, como explicativas de la constitución ontológica del ente en tanto que finito y creado, en tanto que sujeto de cambio y movimiento, en tanto que numéricamente

múltiple en la identidad específica, ha de ser entendida, como desde su principio capital, desde la tesis de la naturaleza difusiva del bien, por lo cual se afirma la comunicación del bien divino como motivo final del acto creador, en tanto que eficiente de aquello que es creado». Dios, Bien infinito, comunica el bien, por el acto libre de la creación, y lo hace poniendo en las mismas criaturas la capacidad de poseer el bien. Otorga así el bien participado y la capacidad de poseerlo. «La definición de la potencia como capacidad de perfección es pensada por Santo Tomás como la dimensión de receptividad de lo perfecto, desde el principio previamente afirmado de la perfectividad de aquello que, por el hecho de ser acto, es no solamente perfecto, sino perfectivo y difusivo de sí mismo» (F. Canals Vidal, *Sant Tomàs d'Aquino. Antologia Metafísica*, Barcelona, 1991, págs. 19-20). De manera que la finitud de las criaturas no es un mal metafísico, sino un modo de participar el bien.

La síntesis tomista, comprendida de este modo, es perfectamente adecuada a la devoción al Corazón de Jesús y a la esperanza de su Reino. Bofill podía ponerla al servicio de la: «síntesis de espiritualidad y de doctrina por la que el P. Orlandis refería el mensaje de infancia espiritual de entrega al amor misericordioso de la gran Santa Carmelita, a la culminación de los designios providenciales expresados en las revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María de Alacoque, y propuestos y difundidos en la fecunda tarea apostólica del P. Enrique Ramière, definido fundador y orientador del Apostolado de la Oración en su servicio al Reino de Cristo por su Corazón» (F. Canals Vidal, «El Padre Orlandis 'hombre de tres libros'», *Cristiandad*, 708-709, 1990, pág. 13).

La metafísica del amor de Santo Tomás —íntimamente vinculada a su metafísica de la persona, puesto que, como enseñaba el P. Orlandis, la persona es sujeto y objeto de amor en sentido propio, de amor de amistad o amor personal— es de gran utilidad para la comprensión de la genuina devoción al Corazón de Jesucristo, que representa y es una invitación: «a la vida de amor, a la comunión de amor entre el mismo Jesucristo Dios y hombre y los hombres sus hermanos, a la comunión de amor entre los hombres, sus hermanos, e hijos de un mismo Padre, de su Padre Celestial» (R. Orlandis, «Corazón de Jesús», *Cristiandad*, 254, 1945, pág. 257).

La temática de la persona y del amor, central en el pensamiento de Santo Tomás, y que está expresada también con los términos de *sapientia cordis*, además de desarrollarla, Bofill la concibió

igualmente como «adecuada a un apostolado del Reino del Corazón de Cristo» (*Cristiandad*, 416, 1945, pág. 198). Francisca Tomar, aunque ha limitado este estudio a su pensamiento filosófico, lo ha intentado comprender desde su origen —claramente orlandiano, que no le impidió el tener una personalidad propia— y desde su fin, los ideales del P. Orlandis, de quien fue un fiel discípulo. Enfoque que es totalmente nuevo, dentro de los ya numerosos trabajos sobre la obra bofilliana.

Si es muy importante esta perspectiva, que determina formalmente *Persona y amor*, también lo es el contenido material. Está estructurado en cinco grandes partes. En la primera, dedicada a la biobibliografía de Jaime Bofill y a la valoración de su personalidad y de su obra, se concluye con la sugerente afirmación de que fue un «filósofo del corazón» (pág. 75), porque: «sin alejarse de Santo Tomás, J. Bofill encontró las raíces agustinianas o existencialistas del Aquinate y mostró que la síntesis tomista gira alrededor de dos ejes centrales: la unidad radical del amor y la contemplación, y la bondad divina como motivo de la Creación y fin del universo» (pág. 74).

En la segunda parte, la profesora Tomar ofrece un panorama general de la obra filosófica bofilliana. Después de exponer su concepción de la Filosofía y del conocimiento en cuanto tal, presenta sus reflexiones sobre la ciencia metafísica. Comenta al respecto que: «la metafísica está unida para Bofill a la experiencia del límite de la mundanidad. Cuando esta experiencia no se consuma, el hombre se conforma con lo dado en el mundo (se mundaniza), y no se siente impulsado a trascenderlo» (pág. 109). Añade, en estas páginas, que podrían calificarse de magistrales, que: «la metafísica vendría a ser para Bofill este acto fundamental de libertad por el que la mente puede acceder a lo trascendente, despojando al mundo de su mundanidad y, consiguientemente, revelando en él un orden de significaciones últimas» (pág. 110).

La metafísica queda definida como el saber situado en «aquel nivel en que la referencia a Dios es intrínsecamente exigida». Además, se precisa que su principal objeto de estudio es la persona, la más alta substancia. Tomar recuerda que Bofill sostenía que: «La Metafísica tiene como objeto primario suyo a la Persona; el Universo que considera es primordialmente un universo social; el centro del mismo, Dios. Todo lo demás tiene para ella tan sólo un interés relativo» (pág. 113).

Finalmente, en esta visión global del pensamiento filosófico de Bofill, se sintetiza su doctrina de la «escala de los seres». El estudio del orden del universo —siguiendo las orientaciones de

San Agustín y Santo Tomás—, y el de perfección, que gracias a él tiene sentido el universo, llevan a nuestro autor a establecer una graduación de los seres según su perfección. En ella, como indica Tomar: «la realidad se extiende en profundidad, y junto a una multiplicidad cuantitativa se nos descubre una multiplicidad intensiva. Desde la materia (*prope nihil*) hasta Dios (*omnitudo realitatis*) se escalonan todos los seres según su diversa plenitud de realidad o de perfección. De esta manera, pues, la realidad no se extiende toda cila en un mismo plano, sino que los entes están escalonados en profundidad, son de modo desigualmente intenso» (pág. 156).

La tercera parte está dedicada a la doctrina de la persona. Se estudian las distintas caracterizaciones del ser personal, que se encuentran en toda la obra bofilliana, indicándose que: «la persona no es simplemente aquello más perfecto y digno de la naturaleza, sino también como el único ser que puede por sí mismo amar y ser amado, es decir, como el único término posible del amor de amistad» (pág. 167). Además, se sugiere que sería: «apropiado calificar la concepción bofilliana de la Persona no como una antropología o filosofía del hombre, sino como una Metafísica de la persona, en cuanto con ésta designamos la visión integral que explica el valor del individuo humano, su lugar en el mundo, su destino y finalidad; es decir, la realidad más profunda y esencial de la persona humana y sus causas últimas» (pág. 168).

Puede destacarse de esta parte central de este riguroso estudio, la siguiente conclusión, importantísima, que obtiene la profesora Francisca Tomar: «la persona humana es más perfecta que todos los otros individuos porque es una más plena participación del ser que el resto de las criaturas. De esta manera, la persona humana, substancia individual de naturaleza racional y voluntad libre, tiene el ser de un modo o grado que sólo ella puede poseer, lo que confirma que sea la única criatura creada a imagen y semejanza de Dios. Por consiguiente, podemos afirmar que la doctrina bofilliana de la persona, que incluye consideraciones antropológicas, gnoseológicas, éticas y sociológicas, tiene su base, su fundamento implícito en la metafísica tomista de la participación del ser» (págs. 220-221).

Seguidamente, en la cuarta parte, se estudia la caracterización de Bofill de las facultades humanas. Siguiendo a San Agustín, entendía la esencia del espíritu como tridimensional, puesto que descubría: la mente, o el mismo ser del alma; la noticia, o el conocimiento que el alma tiene de sí misma; y el amor, con el que se ama a sí misma. Las tres son relaciones y substancias, pero que

tienen una unidad o identidad entre sí. A esta unidad originaria, se le denomina memoria y de ella surge la actividad inmanente del alma, porque de la memoria nace la inteligencia, y de ella, por medio de la inteligencia, emana la voluntad. Como explica espléndidamente Tomar, según Bofill, la memoria es una «facultad general» de autopresencia del espíritu, la percepción intelectual de la existencia del alma humana, acto que denominaba «sentimiento». A ella, por otra parte, pertenece también todo lo potencial y habitual de las facultades del entendimiento y la voluntad. Por esta dimensión del espíritu, núcleo central de la conciencia, la persona tiene una vida propia, una vida personal, en la que esta presente lo antes vivido y los proyectos futuros.

Esta difícil metafísica del espíritu y de su doble trinidad, de estructura y de facultades —añade la autora— permite justificar el que: «de alguna manera, el hombre tiene el destino en sus manos: para él su vida no transcurre sin mayor trascendencia, sino que su misma alma quedará moldeada por el uso que haga en cada caso de su libertad» (pág. 257). Termina esta parte con un capítulo de gran valor dedicado a la exposición de la crítica de Bofill a la interpretación intelectualista del tomismo de Rousselot, que restringía el papel de lo volitivo y lo afectivo. Según Bofill: «si es fundamental en el sistema del Angélico la afirmación del valor absoluto del acto intelectual, es igualmente fundamental y en el mismo grado la del valor absoluto del amor» (pág. 276).

La última parte trata el tema del amor. Podría sintetizarse la completa y fiel exposición de los textos de Bofill sobre los tipos, causas, constitutivos y efectos del amor, que hace la autora, diciendo que la persona requiere ser sujeto y término de amor de amistad o de donación. Este amor personal es un amor de benevolencia recíproco entre personas, causado por su semejanza en un bien; amor, que es una unión afectuosa de una persona con otra, que produce una mutua inhesión afectiva entre ellas y una comunicación real.

Esta última unión real, que se da en la amistad, se realiza en la contemplación, que es un acto intelectual y afectivo. La contemplación es el acto más perfecto de conocimiento. La razón de ello, como indicó Bofill en *La escala de los seres*, es porque: «este acto intelectual noble entre todos, que tiene por fin no ya enriquecernos intencionalmente, recibiendo la forma del objeto, en su ser específico, sino hacerlo actualmente presente a la voluntad en su ser individual» (págs. 161-162). Gracias a esta presencia del amigo en su individualidad, únicamente en la contemplación se

da la máxima unión posible entre dos personas, la compenetración amorosa.

Esta doctrina de la contemplación, advierte Francisca Tomar: «ocupa un lugar primordial dentro del pensamiento de Bofill. En realidad, tal y como nuestro autor la concibe, la contemplación unifica en sí la actividad intelectual y volitiva, superando así todo intelectualismo y voluntarismo en amplitud y profundidad, ya que hace consistir la última perfección o bienaventuranza del hombre en la contemplación de Dios, pero entendiéndola como un acto en el que convergen directamente nuestras dos facultades superiores en su respectivo modo de obrar más perfecto y más simple» (pág. 339).

El conocido hispanista francés Alain Guy, en un excelente Prólogo, escrito en un bello castellano, con el que se inicia *Persona y amor. El personalismo de Jaime Bofill*, después de calificar esta parte de «muy atractiva y notable», declara que: «son admirables las últimas líneas escritas por la profesora F. Tomar». También es muy cierto lo que añade seguidamente este prestigioso profesor de la Universidad de Toulouse Le-Mirail, amigo personal de Bofill, y que compendia de modo preciso y perfecto esta amena y atractiva obra —publicada en la «Biblioteca Universitaria de Filosofía» de «Promociones Publicaciones Universitarias» de Barcelona—: «en resumen, se trata de una obra de primer orden que, a través de su tema esencial, dilucida el mensaje del gran pensador barcelonés en todas sus facetas».

EUDALDO FORMENT.

Guerra Gómez, Manuel: LOS NUEVOS MOVIMIENTOS RELIGIOSOS. SECTAS (*)

Este libro ofrece en su comienzo una Bibliografía general, de últimamente, y después de cada capítulo unas «Notas y Bibliografía». El análisis de todas estas informaciones lleva a la conclusión de que es el más completo libro de que disponemos hoy en su materia; también, obviamente, es el más reciente. Tiene la bondad de estar escrito en España por un español y en nuestra lengua; hay que destacar esto porque los escritos en lejanas tierras por

(*) Ediciones Universidad de Navarra, S. A. (EUNSA). Pamplona, 1993, 642 págs.